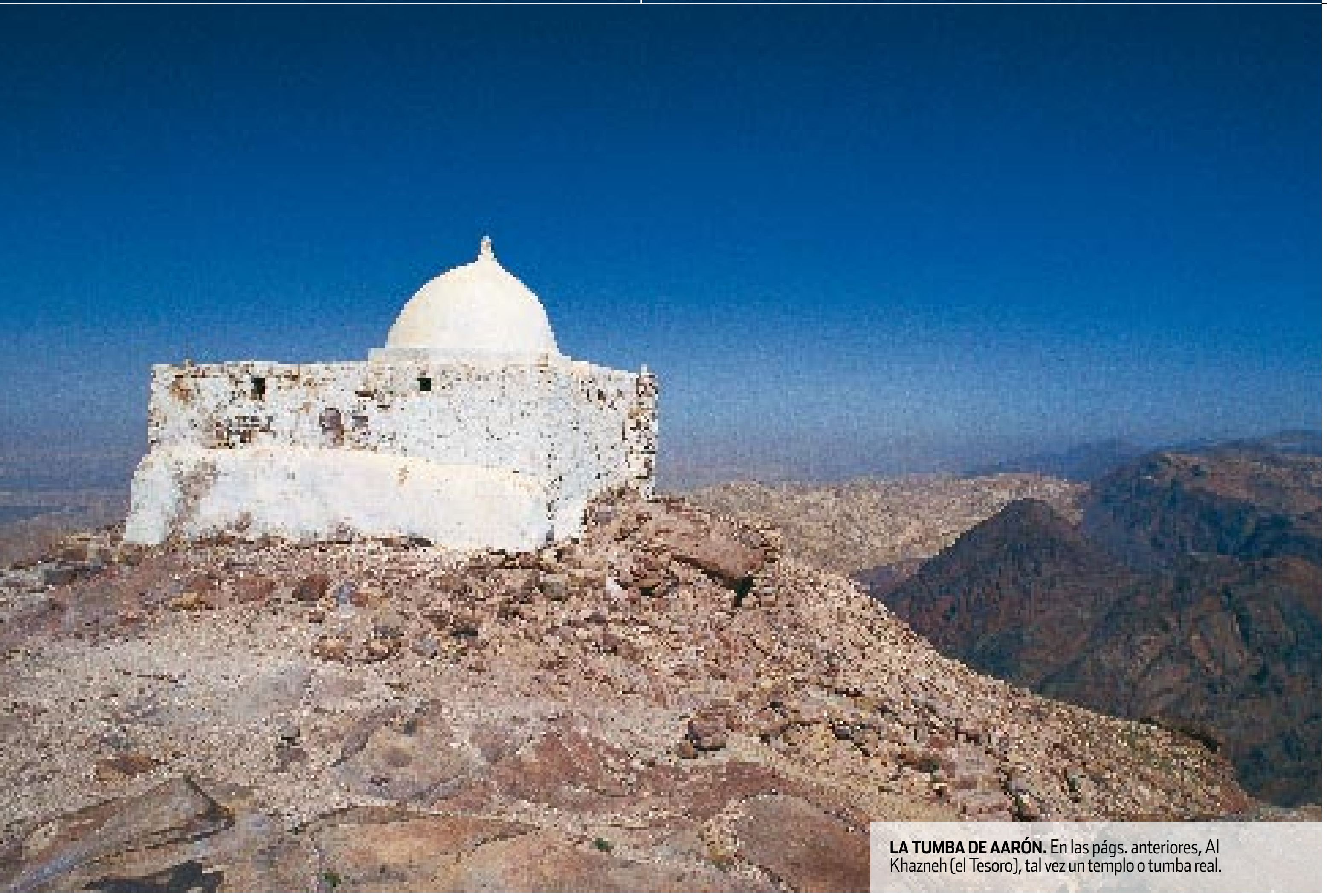
LA CIUDAD IMPOSIBLE

¿Una metrópolis en medio del desierto, sin oasis cercanos? ¿Cómo consiguieron habitar Petra los nabateos? ¿Y cómo lograremos conservarla hoy?

CRISTINA SÁEZ, PERIODISTA



LA TUMBA DE AARÓN. En las págs. anteriores, Al Khazneh (el Tesoro), tal vez un templo o tumba real.

Trazado “a la americana”

FRENTE A LAS CONCENTRACIONES MEDITERRÁNEAS, PETRA SE EXTENDÍA A LO LARGO DE KILÓMETROS.

CIUDAD EN EL VALLE

Petra se halla en el sur de Jordania, en el margen oriental del Wadi Arabah, un valle fluvial que discurre entre el mar Muerto y el golfo de Áqaba. Más del 80% de la ciudad de los nabateos continúa oculta bajo la arena, a pesar de todas las misiones arqueológicas que se llevan y se han llevado a cabo desde su redescubrimiento. Se cree que siguen sepultadas numerosas construcciones públicas, así como palacios reales.

SIN HACINAMIENTOS

El espacio se organizaba de forma muy distinta al del resto de ciudades del Mediterráneo y Oriente Próximo. En Petra, los edificios se diseminan a lo largo de unos doce kilómetros de diámetro. En el centro y en algunos puntos de la periferia es donde mayor concentración urbana tenía lugar. Los monumentos funerarios son los restos más abundantes hoy en día, seguidos por los edificios religiosos y unas pocas viviendas horadadas en la roca.

APRENDIENDO DE GRIEGOS Y ROMANOS

La arquitectura nabatea es una amalgama de rasgos adquiridos de sus vecinos. Tomaron prestados elementos de estilo romano y helenístico. Por ejemplo, usaron las columnas ciegas en el interior de edificios, como en el templo de los Leones alados, o las emplearon en fachadas, como en Qasr al-Bint. Pueden verse elementos de estilo dórico, jónico y corintio. Los modelos en que basaron templos, capillas y tumbas proceden de Alejandría. De los romanos tomaron la pavimentación de calles con mosaico y la idea de flanquearlas con columnas.

Aquel joven no daba crédito a sus ojos. Miraba asombrado la fachada de piedra rosada de Al Khazneh, al tiempo que trataba de disimular su entusiasmo y nerviosismo. No podía permitir que lo descubrieran: estaba en juego su vida. Avanzaba e intentaba tomar notas de todo cuanto veía, ante la mirada atenta y desconfiada del guía que lo acompañaba. A cada paso que daba, tenía un mayor convencimiento de que aquellas leyendas que había oído sobre una ciudad escondida en las entrañas del desierto, en la que se ocultaban extraordinarias reliquias, respondían a sus sospechas. Aquel día, el 22 de agosto de 1822, el suizo Johann Ludwig Burckhardt escribió en su diario: “Parece muy probable que estas ruinas sean las de la antigua Petra”.

Se había convertido en el primer occidental en contemplar la bella ciudad rosada en siglos. Unos años antes había recibido el encargo de una institución británica de que explorara rincones desconocidos de África. “Eran los años de la expansión colonial europea por África y Asia. El Occidente de entonces, hijo del racionalismo ilustrado de Voltaire que le había conducido hasta los vapores de la revolución industrial, se deja fascinar por el Oriente legendario, el de *Las mil y una noches*”, contextualiza el profesor Carlos Buenacasa, experto en mundo clásico y Antigüedad tardía.

BURCKHARDT SE HIZO PASAR POR MUSULMÁN PARA BUSCAR LAS RUINAS DE LA CIUDAD ROJIZA DE PETRA

Antes de su viaje, Burckhardt tuvo que prepararse a conciencia. En aquella época no era nada fácil para los no musulmanes adentrarse en aquellos territorios. Por una parte, el Imperio otomano tomaba cualquier tipo de intrusión como un intento por parte de los países europeos de establecer colonias en sus tierras (que abarcaban la Turquía actual; países de Oriente Próximo como Israel, Líbano, Siria o Jordania; Egipto; y, parcialmente, Sudán y Arabia Saudí). Por otro lado, el occidental era visto como un infiel que acudía atraído por los tesoros y riquezas de Oriente Próximo. Burckhardt estudió árabe, el Corán y las tradiciones musulmanas, y viajó durante años en solitario desde Siria hasta Egipto, atravesando toda Jordania.

Fue allí donde oyó hablar de una ciudad antigua, de increíbles colores rosáceos y rojizos, horadada en las paredes rocosas del angosto desfiladero del Siq. Burckhardt, que se hacía pasar por un musulmán llamado Ibrahim ibn Abdallah, se vistió de peregrino, contrató un guía, al que pagó con dos viejas herraduras, y se dispuso a viajar allí con la excusa de que quería sacrificar una cabra en la tumba del profeta Aarón, el hermano de Moisés. Supuestamente, la tumba yacía muy cerca de aquella legendaria ciudad. Así fue como el explorador suizo dio con Petra, la capital de los nabateos.

La noticia del hallazgo corrió como la pólvora entre los investigadores europeos que se habían instalado en Oriente Próximo y Egipto. En aquella época, Muhammad Ali Pasha, virrey otomano de Egipto, pretendía modernizar el país acogiendo a científicos y estudiosos occidentales. Éstos pronto comenzaron a viajar a Petra, pese a los riesgos que conllevaba, dado que las tribus beduinas de la zona no aceptaban la presencia de extraños. Aquellos primeros visitantes tomaron notas y trazaron dibujos que luego enviaron a Europa, y con los que alimentaron la imaginación de Occidente, arrebatado por aquel mito fascinante. ¿Quiénes habían sido los nabateos? ¿Por qué se desvanecieron? ¿De dónde procedía aquella misteriosa civilización?

El origen de los nabateos

Entre grandes montañas y cerros atravesados por profundas gargantas se erige Petra, la capital del reino de los nabateos. El misterio que la envuelve se debe, en buena medida, a que quedan muchas dudas sin solventar, empezando por la identidad de sus creadores. Aunque parece claro que debían de ser una tribu árabe de lengua aramea, se desconoce quiénes eran exactamente, de dónde venían y cuándo se asentaron definitivamente allí. Algunos estudiosos creen que posiblemente llegaron desde algún punto de la península arábiga. Otros apuntan que podrían ser nómadas procedentes de la costa próxima al golfo Pérsico, que se trasladaron a la actual Jordania y tiempo después acabaron instalados en Petra.

El historiador griego Diodoro de Sicilia fue el primero que mencionó en un escrito la existencia de los nabateos. En sus textos describe la Petra del siglo IV a. C. como un lugar de paso de caravanas y refugio para tribus nómadas que vivían al aire libre y se dedicaban, sobre todo, al cuidado de ovejas y dromedarios. Diodoro también dice que aquellos primeros habitantes comerciaban con betún del mar Muerto, así como con especias valiosas, mirra e incienso, procedentes del sur de la península arábiga.

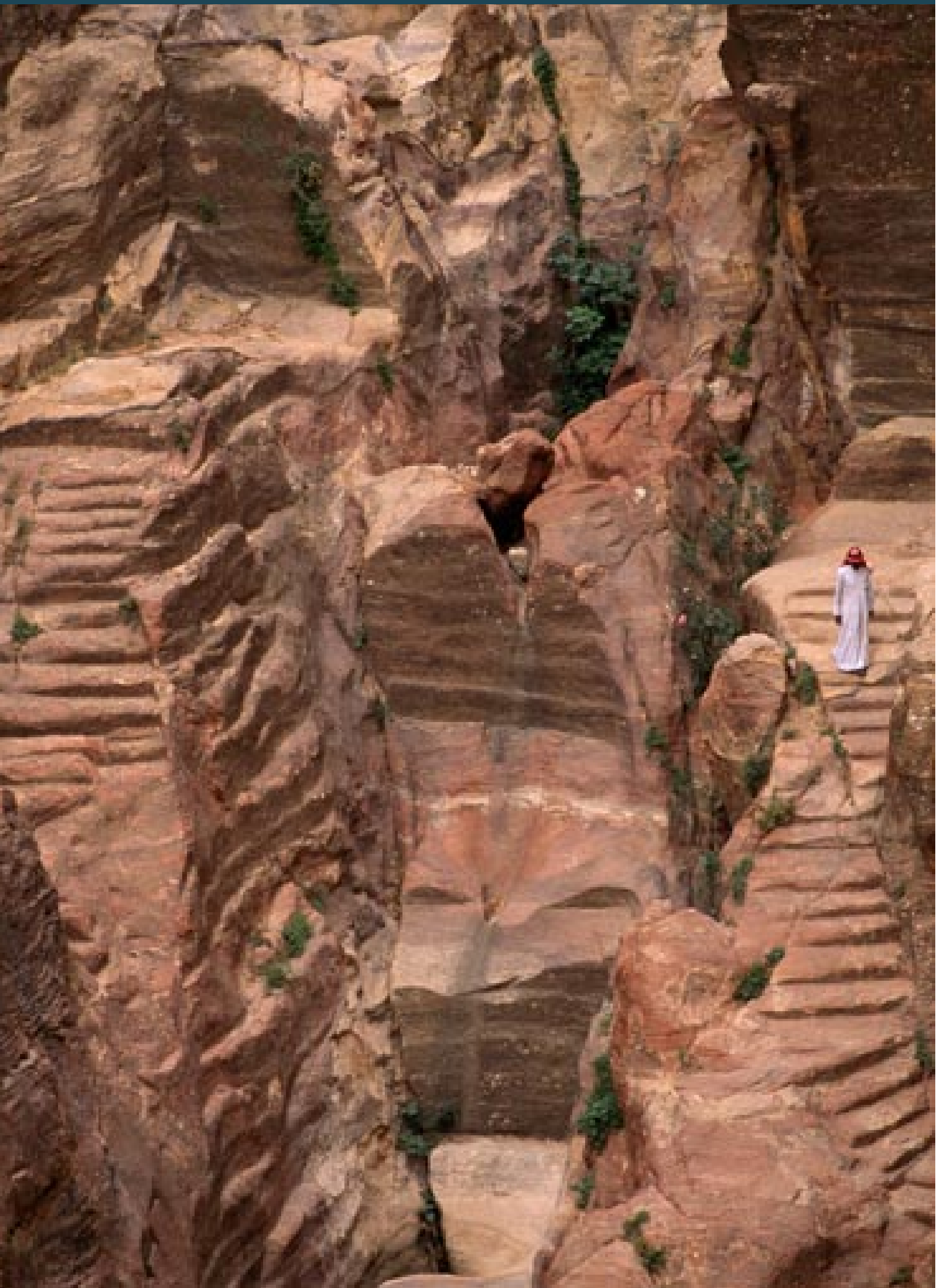
Esta visión choca con la que daría el geógrafo griego Estrabón tres siglos más tarde. A partir del relato de un amigo suyo, el filósofo Atenodoro de Tarso, que había visitado Petra hacia el comienzo de la era cristiana, Estrabón describe la ciudad como una gran metrópoli, rica y gobernada por reyes, poblada de lujosas casas de piedra y abundantes rebaños de ovejas, bueyes y dromedarios. Explica que los nabateos cultivaban la tierra y que, pese a estar en medio del desierto, disponían de agua suficiente incluso para mantener

Y EL AGUA FLUÍA HASTA LA CAPITAL

Los nabateos ingeniaron sistemas para transportarla y almacenarla

APROVECHAR EL DESNIVEL
En mitad del desierto, sin alguna fuente de agua no se dan las condiciones para que se forme una ciudad entera y se establezcan relaciones comerciales. Petra cuenta con un clima semiárido, con pocas precipitaciones. Si bien hay algunos manantiales cercanos, no eran suficientes para cubrir las necesidades de los miles de habitantes que poblaban la ciudad. Ello hacía necesario recoger hasta la última gota de lluvia. Quizás eso explica por qué Petra está situada en el fondo de una cuenca ancha, inclinada y rodeada de escarpados muros de piedra.

UNA RED DE CANALES
Los nabateos ingeniaron un sistema eficaz y muy sofisticado para recoger agua. La que se obtenía en la superficie se transportaba en canales excavados en la roca (en la imagen) hasta cisternas o piscinas al aire libre, donde se almacenaba. También construían una especie de tuberías con piedra. Al parecer, los trabajos de agua más pequeños eran mantenidos por familias o por grupos pequeños de personas. Los más complejos contemplaban presas y sistemas organizados en cadena, capaces de conducir el agua desde largas distancias.



jardines. Ese cambio en la descripción de Petra ofrece una idea de la revolución que vivió la ciudad en pocos siglos. Se había convertido en el núcleo de las relaciones comerciales en Oriente Próximo.

De refugio a gran urbe

Esa revolución se debe, ante todo, a la destreza y el ingenio de los nabateos. Supieron sacar partido a una geografía poco favorable y demostraron tener una visión muy avanzada del comercio. A diferencia de otras ciudades florecientes de aquel período, Petra carecía de agua y de las condiciones necesarias para que allí se formara un oasis. Sin embargo, los nabateos idearon sofisticados sistemas para aprovechar manantiales que brollaban a kilómetros de distancia y llevar agua a la ciudad, donde se almacenaba en piscinas al aire libre o en cisternas

PETRA SOLO PRODUCÍA COBRE Y BETÚN, PERO SUPO COMERCIAR CON LOS BIENES QUE LE TRAÍAN LAS CARAVANAS

cubiertas con losas de piedra. También disponían de formas de recoger hasta la última gota de lluvia. Fue así como garantizaron el suministro a sus decenas de miles de habitantes y como abastecieron a las caravanas que arribaban a la ciudad tras meses de travesía por el desierto. Éstas cargaban artículos de lujo procedentes de Arabia, India e incluso China. Según Estrabón, eran inmensas, y comprendían tantos hombres y camellos que parecían ejércitos. Acampaban a las afueras de Petra, en caravasares estratégicamente situados, donde encontraban comida y agua en abundancia y podían avituallarse. Con el paso del tiempo, en la ciudad, donde se desarrollaban las operaciones de compraventa, se crearon agencias de mercaderes y prestamistas.
En las tierras en que vivían los nabateos se producía poco más que cobre, que extraían del valle de la Aravá, y betún, del mar Muerto, que vendían a Egipto, donde lo usaban para embalsamar a los muertos y para enmasillar las quillas de

EL ANFITEATRO se talló en la roca en el siglo I y tenía aforo para más de seis mil espectadores.

los barcos. Comerciando solo con esos dos bienes, los nabateos difícilmente hubieran llegado a convertirse en un reino próspero. Por eso, en las caravanas vieron el modo de mejorar su fortuna.
Los nabateos se hacían cargo de los bienes desde que entraban en su reino y los exportaban después a puertos del Mediterráneo, sobre todo a Gaza y Alejandría. De hecho, la ruta más importante era la que se estableció con Gaza. Desde allí, los productos se enviaban por barco a Grecia e Italia, donde se pagaba por ellos sumas exorbitantes. De ahí la riqueza creciente de este reino en el desierto.

LA RIQUEZA DE LA CIUDAD ATRAJO LA CODICIA DE LOS ROMANOS, QUE LA ATACARON EN VARIAS OCASIONES

Vecinos envidiosos

En paralelo a la revolución económica, se produjo otra social y política. Entre el siglo III y el I a. C., los nabateos pasaron de una organización tribal, en la que el jefe, o *phylarch*, debía negociar su autoridad entre sus iguales, a otra basada, hasta cierto punto, en las monarquías helenísticas de sus vecinos, los lágidas en Egipto y los seléucidas en Siria. Hasta que desaparecieron, las fronteras del reino nabateo variaron notablemente, pero incluyeron desde el noroeste de la península arábiga, el desierto del Néguev y la meseta de Edom hasta el sur del mar Muerto.
El período entre 9 a. C. y 40 d. C. fue el de máximo esplendor del reino de Petra, durante el cual se construyeron los proyectos más ambiciosos e importantes de los nabateos. En aquella etapa llegaron a controlar Siria y Gaza. Como su riqueza se basaba en el comercio, apunta el historiador Carlos Buenacasa, su política exterior evitaba a toda costa los enfrentamientos, aunque aprovechaban cualquier circunstancia favorable para ampliar su reino hacia el norte. “Les interesaba establecer buenas relaciones con los territorios con los que comerciaban y de los que dependía su riqueza. Cuando se producían tensiones, los nabateos optaban por arreglar los conflictos pagando”, indica Buenacasa.
Pero la fortuna de los nabateos iba a cambiar pronto. Su riqueza atrajo la codicia romana. La ciudad se vio atacada en varias ocasiones y se produjeron numerosos daños, aunque los romanos no pudieron tomarla por la geografía singular de la zona, que constituía su mejor defensa. No obstante, en 106 d. C. el emperador Trajano logró anexionar el reino nabateo al Imperio romano y lo reconvirtió en una provincia a la que llamó Arabia Petrea. Según Carmen Blánquez, doctora en Historia Antigua y profesora de la Universidad Complutense de Madrid, “no hay ningún indicio de resistencia, oficial o popular, por parte de los nabateos. So-

PARTE SUPERIOR de la fachada de Ad Deir (el Monasterio), el mayor edificio de Petra, del s. I.

lo silencio ante la desaparición de un reino que había durado más de tres siglos".
Hasta aquel momento, Roma había respetado Petra porque le proporcionaba bienes de lujo a los que no quería renunciar. Pero era así porque desconocía la procedencia de aquellos productos. Tan pronto como dieron con zonas productoras como las del sur de Arabia, los romanos sacaron la ruta al mar. Por lo que respecta a las caravanas que viajaban desde el mar Rojo, Trajano las desvió para conectar el puerto de Áqaba con Bosra, en Siria. Todo esto marcaba el principio del fin de Petra como potencia comercial de primera magnitud.
La capital del reino nabateo sobrevivió, aunque convertida en ciudad secundaria. En el siglo IV, una reorganización administrativa romana hizo de Petra la capital provincial, e incluso se le otorgó el título de metropolis de una nueva provincia llama Palaestina Tertia. Más tarde, cuando el cristianismo se impuso en la zona, Petra pasó a ser la sede del obispado. De hecho, las iglesias de este período que se conservan en Petra están ricamente decoradas con mosaicos que denotan la importancia de la ciudad durante el Imperio bizantino. En 630, la región se convirtió al islam, aunque apenas se conservan datos sobre aquella etapa. Para entonces, los nabateos se habían diluido por completo. Seguramente, la población indígena se fue mezclando con la árabe hasta que no quedó rastro de ella.
En 747 se produjo un intenso terremoto que obligó a huir a los habitantes que aún quedaba en Petra. Desde entonces y hasta el siglo XIII se sabe muy poco de lo que acaeció allí. Puede que durante la Edad Media estuviera completamente desierta. En 1276, el sultán mameluco Baibars I de Egipto y Siria, a través de su cronista, cuenta que la visitó. Menciona sus casas ricamente ornamentadas excavadas en la piedra, la tumba de Aarón, las ruinas de un fuerte... Pero no dice nada acerca de sus habitantes. Después de eso, los nabateos y la ciudad de Petra se perdieron otra vez en el olvido hasta el redescubrimiento de Burckhardt en el siglo XIX.

TAN PRONTO COMO ROMA DESCUBRIÓ LAS FUENTES DE LOS PRODUCTOS DE LUJO, RELEGÓ A PETRA

Destino romántico

Durante lo que restó del Romanticismo, Petra se erigiría como destino de primer orden no solo para investigadores, sino también para escritores, pintores y adinerados turistas. Era tal la fascinación que despertaba Oriente en los occidentales que incluso se organizaban tours. Detrás se encontraban árabes de la zona, que vieron en ello una forma de ganarse la vida. Los *drogmans* eran guías, intérpretes y factótums que acompañaban a los visitantes y fomentaban sus fantasías. Les narraban leyendas y trazaban relatos sobre lo que representaba para los nabateos el placer o la muerte. La proliferación de historias dio más alas a la especulación sobre esta civilización perdida. Así se fue gestando el poderoso mito en torno a Petra que ha pervivido hasta nuestros días. La literatura occidental se dejó llevar, como los turistas, por la sugestión. "Petra, una ciudad entre rosada y rojiza, la mitad de antigua que el propio tiempo", decía el poeta británico John William Burgon en 1840 en unos versos que hicieron fortuna. Pese a todo, y como tantos otros escritores, Burgon nunca estuvo allí. Solo "soñó" con ella.
Para Carlos Buenacasa, en la atracción que sentía –y siente– Occidente hacia Petra ha desempeñado un importante papel su originalidad. Aunque se corresponde con la época romana, no hay ninguna ciudad en el arco mediterráneo que se le parezca, lo que, sumado a su localización oculta, en el corazón del desfiladero del Siq, y a la forma un tanto azarosa en que se redescubrió, ha dado pie a todo tipo de leyendas. "El hecho de que se hayan averiguado cosas sobre los nabateos y sobre la ciudad tan lentamente, de un modo tan dosificado, también ha contribuido a aumentar esa fascinación", añade el historiador.

¿Ciudad en peligro?

Petra fue declarada en 1985 Patrimonio de la Humanidad por la Unesco y es desde 2007 una de las siete nuevas maravillas del mundo, además de erigirse en una de las joyas más estimadas de Jordania. Pese a ello, la ciudad corre cierto peligro. La climatología severa hace temer por su estado de conservación. Las lluvias la erosionan, como los vientos, que proyectan polvo y arena contra las fachadas de los monumentos. También el turismo degrada la zona. Sus miles de visitantes acceden a la ciudad montados a caballo a través de la garganta del Siq, y el trasiego levanta arena, fatal para la conservación de los frontispicios.
En 1989 se constituyó el Petra National Trust en Amán, la capital de Jordania, bajo el patronato de la reina Noor. Su objetivo es garantizar la conservación de la ciudad. En esta tarea están implicados también el gobierno jordano y la Unesco. Si no se logra paliar la degradación que afronta, Petra, la ciudad rosácea del desierto, podría perderse de nuevo, pero esta vez definitivamente. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

BLÁNQUEZ, Carmen. ***Petra, la ciudad de los nabateos.*** Cuenca: Alderabán Ediciones, 2009.

BLÁNQUEZ, Carmen y DEL RÍO, Ángel. ***Petra. Historia y arqueología.*** Madrid: Dilema, 2010.

DENTZER, Jean-Marie y AUGE, Christian. ***Petra: The Rose-Red City.*** Londres: Thames & Hudson, 2000. En inglés.

INTERNET

Petra National Trust. En inglés.
http://petranationaltrust.org